

www.elboomeran.com



LAMA ANAGARIKA GOVINDA

LA SENDA
DE LAS NUBES BLANCAS

ATALANTA







MEMORIA MUNDI

ATALANTA

83



LAMA ANAGARIKA GOVINDA

LA SENDA DE LAS NUBES
BLANCAS

TRADUCCIÓN
MARCELO COHEN



ATALANTA

2014

En cubierta: Los ojos de la sabiduría de Buda en el templo de
Swayambhunath, Katmandú, Nepal.
En guardas: Caravana de viajeros en Nodzin Kanza.
Georges Taylor, 1938.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Primera revisión: José Toribio
Segunda revisión y notas: Eduardo García-Arévalo Aguirrezábal

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la
autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Way of the White Clouds*
© Lama Anagarika Govinda, 1966
Publicado por primera vez como *The Way of the
White Clouds* por Rider, de Ebury Publishing,
Random House Group Limited.
© De la traducción: Marcelo Cohen
ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-942276-0-8
Depósito Legal: GI-393-2014

ÍNDICE

Prefacio

15

Primera parte

Tres visiones

1 - La visión del poeta

23

2 - La visión del gurú

28

3 - El monasterio de Yi-Gah Chö-Ling

34

4 - Kachenla, el amigo y mentor paternal

40

5 - Práctica religiosa y simbolismo ritual

44

6 - Aparece el gurú

51

7 - La música sacra tibetana

55

8 - Encuentro con el gurú

59

9 - Iniciación

64

- 10 - En la senda de las nubes blancas
70
- 11 - El monasterio de piedra
75
- 12 - La visión del *chela*
79
- 14 - Un despertar y un atisbo del futuro
85

Segunda parte
Vida de peregrino

- 1 - La naturaleza de las Tierras Altas
91
- 2 - El lenguaje vivo de los colores
96
- 3 - Sueños y reminiscencias en la Tierra del Lago Azul
101
- 4 - Las pendientes movedizas y el enigma
de los cascos de caballos
110
- 5 - Andadura en trance y adiestramiento *lung-gom*
117
- 6 - Nyang-tö Kyi-phug: el monasterio
de los ermitaños emparedados
122
- 7 - Ejercicios físicos
129

8 - Poderes de sanación

133

9 - El abad ermitaño de Lachen

140

10 - Salvación milagrosa y luces flotantes

147

Tercera parte

Muerte y reencarnación

1 - La muerte del gurú

155

2 - Tulku

160

3 - Reencarnación

166

4 - U Khanti, el vidente de la colina de Mandalay

173

5 - Maung Tun Kyaing

180

6 - La mente que conquista la muerte

187

7 - El caso de Shanti Devi

192

8 - Un mensaje del pasado

199

Cuarta parte

El sur y el centro del Tíbet

- 1 - Nuevos comienzos: Ajo Rimpoché
209
- 2 - Interludio en la gompa de Dungkar
215
- 3 - Los dos Siddhas de Tsé-Chöling
219
- 4 - Sombras que se alargan
225
- 5 - La representación de misterios
232
- 6 - El Oráculo Estatal de Náchung
239
- 7 - El oráculo de la gompa de Dungkar
245
- 8 - La historia de la vida de un sacerdote-oráculo
250
- 9 - La magia como método y conocimiento práctico
255

Quinta parte

El regreso al Tíbet occidental

- 1 - La montaña sagrada
261
- 2 - En la tierra de los dioses
271

- 3 - La última prueba
280
- 4 - Un monasterio Bön
290
- 5 - El Valle del Castillo de la Luna
300
- 6 - Llegada a Tsaparang
309
- 7 - Días críticos
317
- 8 - El lama de Phiyang
326
- 9 - Una carrera contra el tiempo y los obstáculos
329
- 10 - El descubrimiento del camino secreto
y el templo del Gran Mandala
333
- 11 - Expedición sobre el río helado
342
- 12 - El valle feliz
348
- 13 - Iniciaciones finales
356
- 14 - El herrero mágico
362
- 15 - Adiós al Tíbet
366

Epílogo

Gurú y *chela* y el viaje hacia la luz

369

Apéndices

1 - Los reyes de Lhasa

379

2 - El ascenso y caída de los reyes de Gugé

383

Índice

388

Ilustraciones

Entre las páginas 206 y 207

La senda de las nubes blancas

A Li Gotami (*Śakya Dolma*)
Mi compañera en la tierra de los mil budas

Prefacio

¿A qué se debe que el destino del Tíbet despierte en el mundo un eco tan hondo? Sólo puede haber una respuesta: el Tíbet se ha convertido en el símbolo de todo aquello que actualmente anhela el hombre, ya sea porque se ha perdido o porque aún no ha sido realizado, ya sea porque está a punto de desaparecer ante nuestros ojos. El Tíbet representa la estabilidad de una tradición que no sólo hunde sus raíces en un pasado histórico o cultural, sino también en el ser más íntimo del hombre, en cuya profundidad este pasado se consagra como una imperecedera fuente de inspiración.

Pero es más que eso: lo que está sucediendo hoy en ese país simboliza el destino de la humanidad. Como si de un gigantesco escenario se tratara, presenciamos el combate entre dos mundos, que, dependiendo del punto de vista del observador, puede ser interpretado como la lucha entre el pasado y el futuro, el atraso y el progreso, la creencia y la ciencia, la superstición y el conocimiento, o bien entre la libertad espiritual y el poder material, la sabiduría del corazón y el conocimiento de la mente, la dignidad del individuo y el instinto gregario de la masa, la fe en el destino superior del ser humano a través del desarrollo in-

terior y la creencia en la prosperidad material basada en una siempre creciente producción de mercancías.

Somos testigos de cómo un pueblo pacífico, sin ambiciones políticas, que sólo desea vivir tranquilo, está siendo trágicamente privado de su libertad y pisoteado por un vecino poderoso en nombre del «progreso» que, como siempre, sirve de pretexto para cometer todo tipo de brutalidades. Se sacrifica el presente vivo al Moloch del futuro; se destruye la conexión orgánica con una tradición fructífera en pro de la quimera de una prosperidad fabricada con máquinas.

Desconectadas así del pasado, las personas pierden sus raíces de modo que únicamente encuentran seguridad en el rebaño y felicidad en la satisfacción de sus necesidades y deseos efímeros, ya que, desde el punto de vista del «progreso», el pasado es un valor irrelevante, si no negativo, marcado con el estigma de la imperfección y sinónimo de «reacción» y atraso.

¿Pero qué otra cosa distingue al ser humano del animal sino la consciencia del pasado, la cual excede nuestro breve trayecto vital, nuestro pequeño ego y, en resumidas cuentas, las limitaciones de una individualidad transitoria condicionada por el tiempo? Es esta consciencia más vasta y más fértil, este ser uno con las semillas creativas ocultas en la matriz de un pasado siempre joven, lo que marca la diferencia, no sólo entre la consciencia humana y la animal, sino entre la mente cultivada y la que no lo es.

Lo mismo sucede con los pueblos y las naciones. Sólo las verdaderamente civilizadas, o mejor dicho, las verdaderamente cultas, son ricas en tradición y en consciencia de su pasado. Es en este sentido en el que hablamos del Tíbet como un país profundamente culto, pese a las primitivas condiciones de vida y a la naturaleza salvaje que predomina en gran parte del territorio. De hecho, son precisamente la vida tan áspera y la lucha implacable contra el poder de la naturaleza las que han templado el espíritu de los habitantes y forjado su carácter. Ahí radica la indomable fuerza de los tibetanos, que acabará por prevalecer sobre las potencias externas y sobre las calamidades. Esta fuerza se ha manifestado a lo largo de toda la historia del Tíbet, abatingido más de una vez por potencias hostiles y habiendo padecido

peores situaciones que la actual –como en tiempos del rey Langdarma, quien usurpó el trono de Lhasa y persiguió el budismo a sangre y fuego–. Pero los tibetanos jamás se inclinaron ante conquistador o tirano alguno. Cuando las hordas de Genghis Khan ahogaban la mitad del mundo en sangre y los mongoles invadían el poderoso imperio chino, amenazando con conquistar el Tíbet, la superioridad espiritual del país salvó su independencia, convirtiendo al Kublai Khan y a su pueblo al budismo y transformando a esta raza guerrera en una nación pacífica. No existe nadie que haya entrado en el Tíbet y no haya caído bajo su hechizo, por lo que, quién sabe si acaso los propios chinos, en vez de convertir a los tibetanos al comunismo, no verán transformarse sutilmente sus ideas como los mongoles de antaño.

Una cosa es segura, mientras los chinos se esfuerzan al máximo por aplastar al Tíbet mediante el uso de la fuerza bruta, la influencia espiritual del país es cada vez mayor en nuestro mundo, del mismo modo que la persecución de los cristianos por el poderoso Imperio romano provocó que la nueva fe llegara a los rincones más remotos del mundo entonces conocido, haciendo de una pequeña secta una religión mundial que, finalmente, triunfó sobre la fuerza que había intentado aplastarla.

Sabemos que, aun recobrando la independencia, el Tíbet nunca volverá a ser el mismo, aunque esto no es lo que realmente importa, pues lo esencial reside en no perder la continuidad de la cultura espiritual tibetana, basada en una tradición *viva* y un vínculo consciente con sus orígenes. El budismo no se opone al cambio –de hecho lo reconoce como la naturaleza de todo lo viviente–, por lo tanto no se opone a nuevas formas de vida y pensamiento ni a nuevos descubrimientos en los campos de la ciencia y la técnica.

Al contrario: el reto de la vida moderna, el horizonte cada vez más amplio del conocimiento científico, servirá de incentivo para explorar las profundidades de la mente humana y redescubrir el verdadero significado de las enseñanzas y símbolos del pasado, mantenido oculto por el paso acumulado de los siglos. Mucho de lo que había sido aceptado como artículo de fe, o que se había convertido en un asunto de mera rutina, tendrá que ser adquirido otra vez y resucitado de manera consciente.

Mientras tanto, sin embargo, nuestra tarea es mantener vivo el recuerdo de la belleza y la magnificencia del espíritu que ha inspirado la historia y la vida religiosa tibetanas, para estimular a las generaciones futuras y alentarlas a construir una vida nueva sobre los cimientos de un noble pasado.

La senda de las nubes blancas, relato testimonial y descripción de un peregrinaje al Tíbet durante las últimas décadas de su independencia, cuando la tradición cultural estaba intacta, representa una tentativa de hacer justicia a estas dos vertientes mencionadas en la medida de lo posible y dentro del marco de las experiencias e impresiones personales. No es una crónica de viaje, sino la descripción de un *peregrinaje* en el sentido más genuino de la palabra, pues éste último se distingue de un viaje corriente en que no sigue una ruta o itinerario preestablecido ni busca una meta fija o un propósito limitado: tiene un sentido en sí mismo, basado en un impulso interior que opera tanto en el plano físico como en el espiritual. Se trata de un movimiento que transcurre a la vez en el espacio exterior y en el interior, un movimiento cuya espontaneidad es la que corresponde a la naturaleza de toda vida, esto es, de todo lo que crece de continuo más allá de su forma pasajera, un movimiento que siempre parte de un núcleo interior invisible.

Por esta razón nuestra descripción comienza con un prólogo en uno de los templos de Tsaparang, una visión poética que corresponde a esa realidad (o núcleo) interior que contiene el germen de todos los hechos que más tarde se despliegan ante la vista en sucesión temporal.

En la gran soledad y quietud de la abandonada ciudad de Tsaparang y en la misteriosa penumbra de los salones de sus templos, en los cuales las experiencias espirituales y los logros de innumerables generaciones parecían proyectarse en las mágicas formas de las imágenes, vino a iluminarse en mí una comprensión de las conexiones ocultas que me ofrecieron una nueva perspectiva de la vida y me revelaron que acontecimientos en apariencia accidentales, así como relaciones humanas, formaban parte de una interacción llena de sentido de fuerzas psíquicas. La coincidencia de ciertos sucesos y experiencias no conectados de manera causal, y por lo tanto no condicionados por la cro-

nología, parece tener su origen en una dimensión libre del tiempo que sólo puede experimentarse en un nivel superior de conciencia.

Sin duda los templos de Tsaparang, que parecían permanecer ajenos a la corriente temporal, conservaban la atmósfera concentrada de toda una época de la cultura tibetana. Y esa atmósfera crecía en intensidad cuanto más se demoraba uno en ella, hasta que las imágenes cobraban vida propia, a la vez que una realidad casi sobrenatural. Su presencia llenaba los templos con las voces de un pasado imperecedero. Así pues, lo que el lector podría tomar por una mera imaginación poética contiene una realidad más profunda que la que podría haber transmitido cualquier descripción práctica de acontecimientos y situaciones externas, porque éstos sólo tienen sentido si se contrastan con la experiencia interior.

De modo que, en verdad, el peregrinaje por el exterior es la imagen refleja de un movimiento o desarrollo interior dirigido hacia un objetivo distante, desconocido aún, que, como una semilla, se halla intrínsecamente contenido en la propia dirección del movimiento. De ahí la disposición a cruzar los horizontes de lo conocido y lo familiar, a aceptar personas y ambientes nuevos como parte de nuestro destino, y a confiar en el sentido último de todo lo que sucede y está en armonía con la hondura de nuestro ser y la universalidad de una vida más grande.

Al igual que una blanca nube de verano flota libremente de horizonte a horizonte en el firmamento azul siguiendo el aliento de la atmósfera, en armonía con cielo y tierra, el peregrino se abandona al aliento de una vida mejor que brota de lo profundo de su ser y lo conduce, allende los horizontes más lejanos, a una meta que ya está presente dentro de él, aunque oculta a sus ojos.

En el budismo tibetano el símbolo de la nube es de un significado tan trascendental que basta una mirada a los tankas¹ (rollos) o a los frescos de los templos para convencerse de ello. Las figuras de budas, *bodhisattvas*² (seres iluminados), santos, dio-

1. Un *thangka* es una pintura, generalmente realizada sobre tela y enrollable, típica de la iconografía y el arte sacro tibetanos.

2. En este contexto y dentro de la tradición *mahayana*, el *bodhi-*

ses y genios se manifiestan desde las formaciones nubosas que rodean sus halos. La nube representa el poder creativo de la mente, que puede adoptar cualquier forma imaginable. En especial, la nube blanca (o incluso una nube delicadamente irisada) es considerada como el medio creativo ideal para la mente iluminada o arrobada, que en el plano de la visión meditativa se manifiesta como *sambhogakaya*, el «cuerpo del deleite» creado por la mente.

Incluso el budismo sánscrito más temprano habla de la «Nube de la Verdad» o la «Nube de la Ley Universal» (*dharmamegha*), de la cual desciende la lluvia de la dicha y el conocimiento liberador sobre un mundo que arde en pasiones.

Así, la «Nube Blanca» se convierte en el símbolo de la sabiduría y compasión del gurú y, por lo tanto, *La senda de las nubes blancas* alude al mismo tiempo a la senda del desarrollo espiritual, la senda de un peregrinaje que conduce a la realización de la plenitud final.

La relación con el gurú, el maestro supremo, se expresa bellamente en la tibetana *Canción de la montaña de nieve del este*:

En la cumbre de la montaña oriental de la blanca nieve
una nube blanca parece elevarse al cielo.

En la ocasión de contemplarla, recuerdo a mi maestro
y, ponderando su bondad, se aviva en mí la fe.³

sattva (tib.: *byang chub sems dpa'*, literalmente «héroe de la conciencia iluminada o la presencia pura») es el ser iluminado que encarna la aspiración altruista a la iluminación de todos los seres y se reencarna siempre, renunciando al propio nirvana, para ayudar hasta al último de ellos a alcanzarla.

3. El texto ofrece una traducción del original tibetano de Johan van Manem (*Asiatic Society*, Calcuta, 1919). De esa versión inglesa es nuestra traducción. (*N. del autor*)



Lama Govinda en la provincia Tsang, Tíbet.





Memoria mundi

Lama Anagarika Govinda es uno de los últimos viajeros en recorrer el Tíbet antes de la invasión china de 1950; por tanto, uno de los últimos vínculos vivos de transmisión a Occidente de la antigua sabiduría espiritual de las civilizaciones del pasado.

Por la unión de diferentes géneros, que van desde el libro de aventuras y el reportaje antropológico al viaje iniciático, *La senda de las nubes blancas* es un clásico indiscutible entre los libros de viajes espirituales al Tíbet, al mismo tiempo que un incomparable documento sobre la cultura tibetana.

«Es indudable que el lama Anagarika Govinda fue una de las grandes mentes del siglo xx en Occidente y que debiera incluirse en el grupo formado por Einstein, Heisenberg, Wittgenstein, Solzhenitsyn, Gandhi y el Dalái Lama, pero excepto en los círculos budistas no es tan bien conocido como los demás.

»Anagarika Govinda emerge como uno de los grandes héroes del siglo, un líder pionero y profético de una cultura occidental triunfante en lo externo y desesperada en lo interno.»

Robert A. F. Thurman

Lama Anagarika Govinda nació con el nombre de Ernst Lothar Hoffmann en Waldheim, Sajonia, en 1898 y murió en Mill Valley, California, en 1985. Hijo de padre alemán y madre boliviana, estudió y practicó el budismo de distintas tradiciones, primero en Ceylán y luego en la India. Durante los años 30 y 40 viajó a Sri Lanka, la India y el Tíbet, donde pasó largas temporadas y aprendió «a los pies de diferentes maestros». Fue miembro de la orden *theravada* de Kargyütpa. En 1959 publicó una de sus obras capitales, *Fundamentos de la mística tibetana*. Sus notables trabajos sobre el misticismo tibetano constituyen un vínculo profundo entre Oriente y Occidente. *La senda de las nubes blancas* es su obra más clásica.

